

¿PRIMERA COMUNIÓN HOY?



PARECE que no es apócrifo el relato que cuenta que Napoleón Bonaparte, al ser preguntado por sus generales cuál fue el día más feliz de su vida, respondió contundente: «El día que hice la Primera Comunión». Sin llegar necesariamente al entusiasmo del mariscal francés que asoló media Europa e hizo prisionero al Papa, lo cierto es que, no hasta hace muchos años, el día de la Primera Comunión fue un día muy esperado y rememorado entrañablemente por la gran mayoría de los niños de los países de tradición católica, al igual que por casi todos sus padres. Hasta hace dos décadas era muy raro conocer a alguien que no había celebrado la Primera Comunión. De hecho, yo recuerdo que hace cuarenta años ninguno de mis compañeros de curso dejó de realizarla.

Hubo un tiempo en el que, incluso, algunas familias se tenían que endeudar para costear los gastos en los que se incurría el día de la Primera Comunión: traje, invitaciones, banquete, reportaje fotográfico, recordatorios,

regalos, etc. Y ha sido y es todavía usual que muchos padres dediquen más tiempo y esfuerzos en organizar la celebración que en el proceso propiamente catequético de sus hijos. Puede llegar a afirmarse que la distorsión de la cual es víctima el sacramento de la Primera Comunión tiene un recorrido muy largo.

Aunque en los años 80 y 90 del siglo XX la sociedad española había evolucionado ya hacia la secularización, con decisión y sin dar ningún paso atrás, y no dejaban de crecer el número de padres que ya no se mostraban interesados o no se sentían comprometidos con la educación en la fe cristiana de sus hijos, la inercia sociocultural era todavía, sin embargo, muy poderosa; de modo que la tradición de la Primera Comunión continuaba siendo todavía prácticamente unánime entre las familias.

Ahora bien, al ser interpretada esencialmente como una costumbre cultural, a menudo se convertía casi en la «última comunión». Así también era habitual que la



mayoría de los niños abandonarían la catequesis después de la Primera Comunión, si bien también es verdad que una parte importante de ellos regresaban, pocos años después, a sus parroquias para participar en los procesos de formación que les conducían a recibir el sacramento de la Confirmación.

La influencia de los abuelos (por lo general más creyentes y más practicantes) sigue siendo importante, en muchas ocasiones.

Desde aproximadamente el año 2000, esto ha ido ya cambiando rápidamente en España. Somos ya una sociedad «post secularizada» y la mayoría de las tradiciones religiosas han perdido casi todo su fuste, una vez que ni tan siquiera se sienten ya impulsadas por el tipo de inercias o «normas sociales» que hemos comentado.

Así pues, la espectacular caída del número de bautismos en España en torno al año 2010, en línea con la drástica reducción de los matrimonios canónicos, conduce a que sean ya una minoría los niños que celebran la Primera Comunión. Mientras que los adolescentes y los jóvenes que reciben el sacramento de la Confirmación son ya un grupo meramente marginal, puede decirse que la práctica sacramental es casi contracultural entre todos ellos.

Son muchas las diócesis de España en las que la mayoría de los recién nacidos o los niños no son bautizados. No es de esperar que, a corto o medio plazo,

las cifras se vayan a recuperar. Es más, todo hace presagiar que las cifras continuarán reduciéndose a lo largo de las próximas décadas. De hecho, conviene advertir que, en algunos lugares de España, la disminución de los bautizos y de las Primeras Comuniones no ha sido tan drástica debido a que muchas familias inmigrantes provenientes de América Latina siguen comprometidas en la continuidad de esta práctica sacramental.

La influencia de los abuelos (por lo general más creyentes y más practicantes) sigue siendo importante, en muchas ocasiones, para que los padres se decidan finalmente por apuntar a sus hijos en la catequesis de la Primera Comunión. Con todo, todavía entre muchos padres de familia prevalece que la catequesis es una especie de «clase extraescolar semanal más», un quebradero de cabeza más del horario semanal que cuelga en la nevera de la cocina.

Las tendencias sociológicas son muy claras. Los católicos españoles seremos una «minoría religiosa», frente a esa «gran mayoría social» que se muestra indiferente o alejada de creencias religiosas de cualquier tipo. Cada día serán más las familias interesadas en llevar a sus hijos a Eurodisney y menos aquellas que tengan inquietud en que reciban la Primera Comunión. Así y todo, habrá





La catequesis es una oportunidad para que muchos padres de familia regresen a las parroquias, recuperen la práctica sacramental y acompañen activamente a sus hijos en este proceso formativo.

también familias que decidan ir de excursión al parque temático como regalo de Primera Comunión.

Ahora bien, que la Primera Comunión vaya de-

dejando de ser interpretada como una costumbre social irá significando, de modo paralelo, que son las convicciones religiosas las que mueven esencialmente a las familias para que sus hijos participen en la Primera Comunión, ganando en autenticidad y conllevando a que aumente el porcentaje de niños que continúen posteriormente en los procesos de catequesis.

Hace ya tiempo, cuando la descristianización de Europa Occidental avanzaba a pasos que parecían casi gigantes, el intelectual francés André Malraux (1901-1976) pronosticó que «el siglo XXI será espiritual o no será». Esta cita, de hecho, durante décadas fue recurrida continuamente por muchos obispos y algunos pensadores cristianos para infundir optimismo y esperanza. Sin embargo, ante las tendencias sociológicas constatadas una y otra vez, no parece que la predicción de Malraux haya sido acertada, al menos Europa, si como espiritualidad entendemos las tradiciones religiosas teístas o monoteístas.

Como en los tiempos de Pablo de Tarso y la primera generación apostólica, nuestra fe está llamada a convivir y dialogar en Europa, y en minoría,

con una amplia pluralidad de corrientes culturales y religiosas. San Pablo, un judío fariseo de cultura griega, no vio esto como una amenaza. Es más, hoy es aceptado que se sirvió de tradiciones y moldes paganos para hacer más comprensible la figura de Jesús de Nazareth entre la variedad de pueblos del Mar Mediterráneo. La «inculturación» de la fe cristiana, conservando todos sus elementos sustantivos y sin caer en la tentación del «relativismo», será cada vez más obligada si queremos garantizar su supervivencia en la realidad que nos toca vivir. «No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal», nos dice el Evangelio de San Juan.

Por otro lado, conviene recordar que fue el papa san Pío X (1835-1914) quien en 1910 fijó la edad de la Primera Comunión, y así también la primera Confesión, en torno a «los 7 años, sobre poco más o menos», pues entendía que esta es la edad en la que «el niño empieza a raciocinar».

Con posterioridad al Concilio Vaticano II (1962 -1965) han sido muchas las diócesis, al menos europeas, en las que se ha retrasado la participación en ambos sacramentos hasta dos o tres años más tarde; con el fin de asegurar que los niños estén suficientemente formados y sean bien conscientes de la relevancia y el significado de todo ello.

Esta nueva situación ha recibido algunas críticas. Por ejemplo, en 2010, la Santa Sede, en concreto el cardenal Antonio Cañizares (1945 -), entonces Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, insistió en la necesidad de adelantar de nuevo la Primera Comunión y respetar el decreto de san Pío X. No obstante, dicho en líneas generales, son las diócesis y a veces cada parroquia quienes tienden a establecer con libertad sus criterios y sus propias pautas.

Ciertamente los tipos de argumentos acerca de cuál es la edad más oportuna para participar en la Primera Comunión son análogos a los que tienen lugar en los debates en torno al sacramento de la Confirmación. Hay quienes insisten en la necesidad de que se reciba al principio de la adolescencia, mientras que hay otros quienes, por el contrario, reiteran la necesidad de que se logre una vez superada esta etapa, alcanzada la madurez e incluso pasados los 20 años.

Como aspecto positivo, hay que anotar que en la actualidad la catequesis de la Primera Comunión está, con cierta frecuencia, unida a la Pastoral Familiar. La catequesis es una oportunidad para que muchos padres de familia regresen a las parroquias, recuperen la práctica sacramental y acompañen activamente a sus hijos en este proceso formativo. Hablamos a veces también de catequesis más vivenciales, experienciales, centradas en valores, en los episodios bíblicos o evangélicos más fáciles y conocidos. Asimismo, las «misas de familia», organizadas semanal o mensualmente, son habituales en muchas parroquias españolas. Y no rara vez los resultados logrados han sido muy positivos.

Al mismo tiempo hay que advertir que en España, como hace décadas ya ocurría en otros países previamente secularizados como Francia, será más habitual que personas adultas reciban, a la vez, los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Comunión. A menudo, la celebración de la Vigilia Pascual es considerada el momento más idóneo para ello.

Por otra parte, hay que indicar que uno de los puntos fuertes de la Iglesia Española reside en que una parte muy relevante de los centros educativos están bajo su tutela, en particular de los institutos religiosos. Su poten-



cial evangelizador cobra cada vez más importancia, en la medida en que la mayoría de los padres de familia desatienden la educación cristiana de sus hijos. Son centros no solo pastorales, sino también centros misioneros insertos en una sociedad «post secularizada». La mayoría de los niños ya no acuden a las parroquias, pero muchos de ellos sí están matriculados en colegios católicos.

Por lo tanto, más que nunca se requiere capacitar, especializar y cuidar a los agentes pastorales de los colegios, a fin de que también se conviertan

en líderes pastorales. ¿Pueden ser los colegios, o incluso las universidades católicas, lugares para la celebración de procesos catequéticos que conduzcan al bautismo, a la Primera Comunión o a la Confirmación? ¿En qué medida pueden ser complementarios o incluso sustitutivos de la actividad e institución parroquial? Es una cuestión no del todo resuelta, ya que las experiencias y los resultados cosechados son asimétricos. Y no se puede ocultar que la relación entre la pastoral de los colegios y la pastoral de las parroquias ha sido tensa no rara vez, sobre todo cuando la segunda ha considerado que la primera ha «invadido» un terreno que en realidad cree que le debe competir a ella.

Cada vez somos menos y es más pertinente que nunca que todos colaboremos en la misma dirección, a fin de acompañar y dar sentido auténtico a la Primera Comunión de nuestros hijos. De esta manera será más factible que no sea la última, que los niños sigan creciendo en nuestros templos y los contemplen como una segunda casa en donde crecer y disfrutar y que, además y en este contexto, los adultos recuperemos –como le gusta recordar al papa Francisco– el corazón de niños.

Cada vez somos menos y es más pertinente que nunca que todos colaboremos en la misma dirección, a fin de acompañar y dar sentido auténtico a la Primera Comunión de nuestros hijos.